

Introducción

Una ventana hacia el futuro

Xavier Aldekoa

Yibuti y Somalia: era de color gris y marrón sed. En el año 2011, la región sufría una de las peores sequías de las últimas décadas y yo, un periodista voluntarioso e inexperto de veintinueve años, me había empeñado en recorrer todos los países del Cuerno de África —Etiopía, Yibuti, Eritrea, Somalia/Somalilandia— para explicar la explosión de hambre que había desatado aquel cielo seco. Aquel día, mientras avanzaba por un camino de piedras hacia el lugar donde habían llegado miles de refugiados somalíes huyendo del rugir de tripas y la violencia yihadista de Al-Shabaab, me sorprendió la belleza y la poesía. Probablemente no hay un campo de refugiados más bonito en el Cuerno de África que Ali Addeh. Encajado entre montañas, en mitad de un valle amplio, la imagen de cientos de tiendas blancas evocaba un campo base en la cordillera del Himalaya, aunque sin una pizca de nieve en el horizonte y sin que las cimas fueran un reto que escalar, sino muros que aislaban del miedo.

Hubo que esperar al atardecer para escuchar los versos. Cuando se puso el sol y se encendieron los fuegos en latas oxidadas para preparar la cena escasa, adultos y pequeños se arremolinaron frente a las ollas para alimentar también sus raíces. Era una costumbre inamovible. Cada noche, Koraicha Ibrahim, madre de cinco hijos naturales y dos adoptados, que había llegado al campo

hacía tres meses, recitaba poemas y cuentos sobre las leyendas e historia de su pueblo somalí. Koraicha cuidaba que sus hijos la escucharan bien. «Les explico cuentos somalíes o recito poemas de nuestro pueblo para que estén preparados. Cuando llegue la paz, regresarán», decía Koraicha. Para aquella mujer, la nostalgia era un desafío de supervivencia.

Aquel amor por la cultura propia en un campo perdido de Yibuti y aquella lucha contra el tiempo para conservar las tradiciones y la dignidad de un pueblo herido me impresionaron profundamente entonces, pero no fue la única vez. En los templos alrededor del lago Tana, en Etiopía; en la arena blanca de las playas de Mogadiscio, donde cientos de jóvenes se congregaban al atardecer; bajo las pinturas rupestres de Laas Geel en Somalilandia, o en las butacas aterciopeladas del cine modernista Roma en Asmara, capital de Eritrea, he sido testigo del orgullo de los pueblos que habitan el Cuerno de África, una tierra muchas veces reducida a sus heridas.

Durante demasiado tiempo, el ojo mediático y analítico ha reducido la región a sus guerras, sus hambrunas, su piratería o sus Estados fallidos. Y, aunque la inestabilidad existe y pesa, no explica ni por asomo la riqueza y complejidad de uno de los rincones más vitales del continente y donde se juega buena parte del equilibrio global. El Cuerno de África, de alma nómada, no es un lugar aislado y golpeado, es un cruce de caminos y el punto de encuentro del continente africano, Oriente Medio y Asia; un lugar de paso hacia el Mediterráneo por el Mar Rojo y el canal de Suez, donde se cruzan rutas milenarias y se tejen las nuevas estrategias del siglo XXI. No es casualidad que los equipos de arqueólogos descubran hoy en sus excavaciones en la zona cientos de cerámicas provenientes del Reino de Saba, en el sur de Arabia; porcelanas delicadas de la lejana China, o brazaletes y anillos de bronce de la India, Yemen o Sudán. El Cuerno de África atrajo hace milenios a comunidades de todo el mundo y ha sido desde la Antigüedad uno de los epicentros del comercio mundial o la mezcla de culturas e ideas.

El Cuerno de África no es solo una invitación a observar el pasado. Es también una tierra con una huella profunda del pasado colonial pero que se adentra en el futuro como uno de los principales tableros de la geopolítica mundial, donde tanto las antiguas potencias como los nuevos actores llamados a regir el mundo han fijado su mirada en los últimos años. Se avecinan nuevos tiempos en el Cuerno de África que serán clave para entender el

futuro: a la irrupción de Arabia Saudí, Catar o Emiratos Árabes Unidos en la región, este último especialmente en sus puertos, o a la carrera enconada de las grandes potencias mundiales por asentar sus bases en la costa africana hacia el mar Rojo se suman realidades de la actualidad internacional llamadas a crear nuevos marcos como la guerra en Irán o el reconocimiento de Israel de Somalilandia. Además, en tiempos mundiales revueltos, todavía más agitados por el colapso del estrecho de Ormuz a inicios de 2026, adquiere aún más relevancia un enclave primordial como el estrecho de El Bab el-Mandeb, por el que pasa una fracción decisiva del comercio mundial, del petróleo y hasta de los datos que sostienen Internet.

Este libro, en el que he tenido el placer de coordinar a un equipo de analistas y expertos en la región de diferentes nacionalidades, busca abrir una ventana hacia este rincón extraordinario de África para entenderla desde sus diferentes aristas.

En su capítulo sobre la gobernanza, su autor describe el entramado de política y conflicto con una imagen poderosa: el poder como un micelio que se expande bajo tierra. Invisible, interconectado, difícil de delimitar. Gracias a su análisis de la fragmentación de los proyectos de Estado, entendemos por qué las instituciones formales no bastan para explicar lo que ocurre en esta región africana, donde la autoridad se disputa más allá de los marcos oficiales y donde la violencia encuentra grietas por las que filtrarse. Esa misma idea atraviesa su reflexión sobre el espacio: la tierra se pisa, pero el espacio se construye, y en el Cuerno de África ese espacio es el resultado de siglos de relaciones, conflictos y superposiciones. No es casual que las fronteras resulten insuficientes para contener lo que sucede dentro de ellas.

El texto dedicado a la historia de las rutas comerciales nos recuerda, por su parte, que, antes que frontera, el Cuerno de África fue camino. El capítulo reconstruye un territorio que durante siglos funcionó como puente entre continentes, desde los puertos del antiguo Reino de Aksum hasta las redes que conectaban el mar Rojo con el Índico. La región no se ha convertido ahora en un nodo estratégico; siempre lo fue.

Quizá por eso, cuando hoy hablamos de nuevas potencias, en realidad estamos asistiendo a una reconfiguración de algo antiguo: los Estados de la región ya no son solo escenarios de influencia, sino actores que negocian, ceden o intercambian parcelas de soberanía para sobrevivir. China construye y financia, Emiratos

gestiona flujos y puertos, Turquía combina defensa y cultura, mientras Occidente pierde centralidad.

El Cuerno también se mueve y crece. En el capítulo dedicado a sociedad y demografía, se apunta a una de las fuerzas más silenciosas y determinantes: la juventud. Más del 70 % de la población tiene menos de 30 años. El crecimiento de la población ejerce ya una presión constante sobre sistemas políticos frágiles, mercados laborales insuficientes y estructuras sociales en transformación. Esa juventud puede ser motor o fractura, oportunidad o conflicto, dependiendo de algo tan frágil como la capacidad de los Estados para ofrecer un futuro a sus habitantes.

A esa presión se suma otra que no aparece en los mapas, pero los condiciona: la identidad. El capítulo sobre cultura y lengua desmonta la idea de fronteras como líneas cerradas. En el Cuerno de África, las comunidades atraviesan Estados, comparten lenguas, clanes e historias. Un somalí puede vivir en varios Estados distintos sin dejar de ser parte de la misma red, del mismo pueblo. Las identidades no coinciden con los mapas, pero, salpicadas a menudo por una tradición nómada, mantienen su riqueza y vitalidad después de los siglos.

En tiempos de crisis climáticas y océanos interconectados, el Cuerno de África atará su futuro como pocas otras regiones del mundo al agua. El capítulo *Hidrocracia en el Cuerno* subraya cómo el control de los recursos hídricos y de las rutas marítimas no es una cuestión técnica, sino política y existencial. Etiopía, sin salida al mar, depende de sus vecinos para respirar económicamente, mientras utiliza su poder sobre el Nilo como palanca regional. A su alrededor, los puertos se convierten en piezas codiciadas y el mar Rojo, en una arteria que todos quieren controlar.

Este libro busca dibujar una región que no puede entenderse por partes. Donde cada elemento —la historia, la geografía, la demografía, la cultura, la economía y la geopolítica— se entrelaza con los demás y reclama una mirada amplia para comprender los matices. El Cuerno de África es, además, un espejo adelantado del futuro que espera a la vuelta de la esquina: más fragmentado, más competitivo, menos predecible.

Espero que disfruten de la lectura. Bienvenidos a descubrir el Cuerno de África, el nuevo centro del mundo africano.